

DE BUENOS Y MALOS

En el cine y las novelas, desde las homéricas, enseguida aparecen los buenos y los malos. Sobre todo en películas tan esquemáticas como las del Oeste, desde el principio el espectador ha de identificar a los buenos y a los malos, para gozar con el triunfo de los primeros y esperar la derrota de los segundos.

En la realidad, las cosas no funcionan así. No hay buenos y malos. Todos, sin excepción, tenemos valores y contravalores, cualidades y defectos, virtudes y vicios.

Lo malo de verdad es que hemos querido llevar el cine y la ficción a la realidad. Lo que resulta mucho más frecuente de lo que sería deseable. Por supuesto, en la política. Allí siempre y sin excepción, los malos son los del partido contrario al mío. Por eso hoy, entre nosotros, la política es tan irreal. En lugar de buscar la solución a los problemas reales de la gente (trabajo, educación, sanidad) se abren un día sí y otro también frentes ficticios, fuertemente ideologizados, para molestar al adversario y, de paso, para servir de cortinas de humo ocultando la incapacidad para resolver los problemas reales. O quizás a la inversa: se trata primero de ocultar la propia impericia para afrontar la realidad y después de molestar o anular al adversario.

¿No hacemos eso mismo en la Iglesia? Se organizan grandes montajes para entretenernos, por la incapacidad para abordar el gran desafío de nuestra época: vivir y transmitir la fe personal en Jesucristo, en el Dios que él nos ha revelado y en su Reino. Reino que consiste en servir al Dios que nos muestra Jesús con su conducta: dignificar a la persona, acoger al pecador, sanar al adversario, expulsar demonios...

Produce pena, escándalo, rechazo esta manía persecutoria de algunos eclesiásticos de alto rango, empeñados en condenar y excluir a ciertos teólogos que nos acercan a la figura real de Jesús, tal y como aparece en el Evangelio.

Madurar, adquirir sensatez humana, política, religiosa, sencillamente cívica, es aprender a ver el bien y el mal en cada persona o grupo, independientemente de pertenencias, adscripciones o vínculos afectivos personales. Reconocidos el bien y el mal, no se trata de descalificar al otro ni exaltar al de mi collera.

Todo comportamiento positivo en relación con lo bueno y lo malo, ha de comenzar con la autocrítica, con el conocimiento de sí mismo. Ya lo decían los griegos, incluso antes de Sócrates: conócete a ti mismo. Aprendiendo a convivir con nuestras flaquezas y miserias, sin despreciarnos; y a poner al servicio del común nuestras capacidades, sin ensoberbecernos. Al contrario, “poniéndonos al nivel de la gente sencilla”.

Aprendiendo de la parábola del trigo y la cizaña, sería bueno que, a todos los niveles, dejásemos tanto de canonizar como de anatematizar. ¿Sería útil por un tiempo ponernos sólo a escuchar al adversario, al otro, al diferente para aprender lo que tiene de valioso, a la vez que comprender mejor sus propias limitaciones? Así evitaríamos tener el corazón duro, que según S. Bernardo consiste en **“no romperse por la compunción, ni ablandarse con la compasión, ni conmovirse en la oración”**.

JOSÉ MARÍA YAGÜE